

rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas, escurecida; las esperanzas de sus nuevas promesas, deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaria ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.

Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

Como Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio, con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: "Bien sé, señor, á lo que venís, que es, á saber quién soy; y, porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo; y, creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome *El Caballero de los Espejos*, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era, que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio, con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: "Bien sé, señor, á lo que venís, que es, á saber quién soy; y, porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo; y, creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome *El Caballero de los Espejos*, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era, que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido.

corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y, como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga qué deciros otra cosa alguna: suplicoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quién soy, por que tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.—¡Oh señor! dijo Don Antonio; Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo, en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino, que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y, si no fuese contra caridad, diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero; que, cualquiera dellas, puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto, callaré, y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.” El cual respondió, que ya, una por una, estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso: y habiéndose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó Don Antonio al visorey, todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque, en el recogimiento de Don Quijote, se perdía el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho; y, entre otras razones, le dijo: “Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo que, ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y, pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y, si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidioso, aunque es vuesa merced el mas malparado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año; que luego, volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino

qué gane y algun condado qué darte.—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo; que siempre he oido decir, que *mas vale buena esperanza que ruin posesion.*” En esto estaban, cuando entró Don Antonio, diciendo, con muestras de grandísimo contento: “¡Albricias, señor Don Quijote, que Don Gregorio, y el renegado que fué por él, está en la playa! ¡qué digo en la playa! ya está en casa del visorey, y será aquí al momento.” Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo: “En verdad, que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, por que me obligara á pasar en Berbería, donde, con la fuerza de mi brazo, diera libertad, no solo á Don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¡qué digo, miserable! ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¡qué prometo! ¡de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada!—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae, puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.” Y así era la verdad; porque, habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al visorey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero, en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle: el padre, con lágrimas; y la hija, con honestidad. No se abrazaron unos á otros; porque, donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas, de Don Gregorio y Ana Félix, admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio; contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mujeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras; donde mostró, que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado, como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redujose el renegado con la Iglesia, y, de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el visorey con Don Antonio, qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella, hija tan cristiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció